

El debate: "Identidad ecológica", ¿hacia un nuevo panteísmo ecologista?

ANTONIO MACHUCA*

El artículo "Identidad ecológica", presentado para su publicación en la revista *Alteridades*, llama la atención principalmente por la receptividad de la que se vuelve objeto como depositario de una serie de inquietudes que entroncan con la abrumadora problemática ambiental actual. Un artículo como este, refleja en buena medida —a nuestro parecer— uno de los sentidos en los que se desarrolla una ideología filosófica surgida del ecologismo. Ya se conocen los rasgos de una de sus vertientes más negativas y pesimistas: la de la inminente catástrofe ecológica. La que nos ocupa destaca el lado ontológico y hasta parareligioso de lo que constituye una intención con la naturaleza como una totalidad.

El problema de la identidad se ha convertido hoy, sin que sus derroteros y motivos queden claros, casi en una obsesión. La identidad se convierte en un problema en donde sintomáticamente se están buscando nuevos ejes de justificación. No se trata de la constitución de un reciente campo de la objetividad por conocer o transformar, sino de la justificación de las subjetividades gregarias que —esta ya es otra cuestión— producen su propio modo de objetividad.

El caso de una "identidad ecológica" es distinto, pues —aunque parezca buscar la delimitación de su propio campo de justificación—, expresa una disociación en sus propios términos: el fenómeno identitario representa un hecho psicológico y social de polarización, en función de un eje de condensación y articulación. Empero, la autora está sugiriendo un movimiento de proyección (hacia afuera), de centrifugación y disolución del *yo* en una totalidad —cada

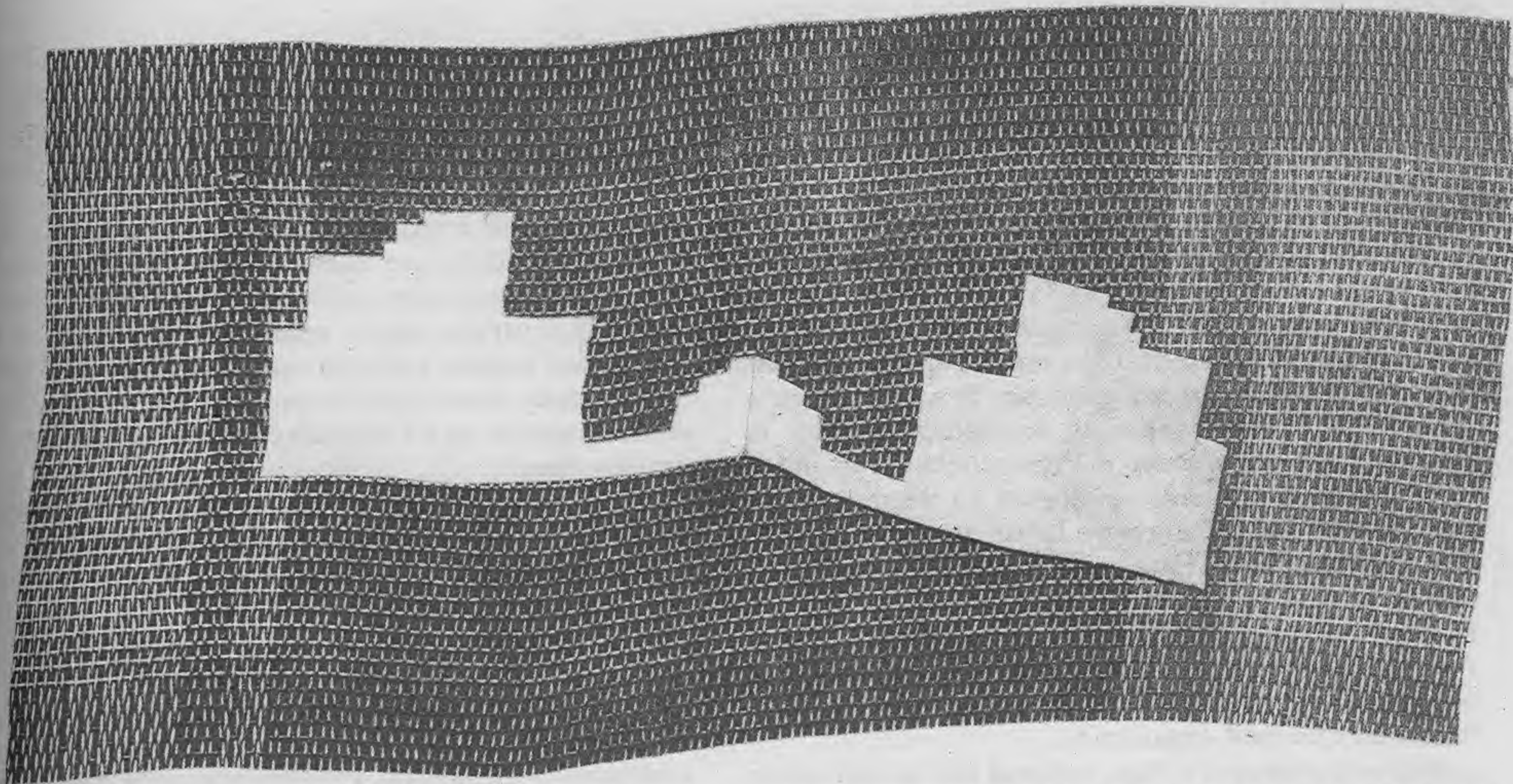
vez más externa— en la naturaleza. No es difícil esto, pero la propuesta no es novedosa, se trata nada menos que del consabido panteísmo del que participan diversas filosofías y religiones, no de una forma de identidad específica.

El carácter discursivo del documento pertenece a una filosofía panteísta y a una especie de misticismo ecologista; es una superestructura especulativa erigida sobre —y por— el problema ambiental, pero sin enfrentarlo en su consistencia particular.

No se aborda el problema de la identidad en el marco de la discusión actual sobre el tema. Esto hace difícil la ubicación y evaluación contrastada de su posible aporte o de los aspectos en los que, por lo menos, se distingue su posición. Además se incurre en la tentación de aplicar la categoría de identidad a los objetos más disímiles o caprichosos como como el día paradigmático de la mayor parte de los análisis del momento.

Las principales objeciones al documento son de tres órdenes: en primer lugar, no se aborda el tema de la identidad dentro de su marco de referencia conceptual ni en relación con el contexto de la discusión, ya sea filosófica, antropológica o sociológica actual. En segundo lugar, no se sabe con precisión desde qué perspectiva y enfoque desarrolla su tema la autora. Se percibe más bien una especie de eclecticismo místico-filosófico, utilizando como motivo problema ecológico. Tampoco queda claro cuál es su intención. En tercer lugar, se maneja una serie de términos sumamente vagos de resonancia filosófica amplia y ambigua, tales como: sabiduría intrínseca integral, agradecimiento, espiritualidad, identidad en el todo, equilibrio y armonía, etc. que hacen pensar más en una disquisición de metafísica y de misticismo

*Departamento de Etnología y Antropología Social,
Instituto Nacional de Antropología e Historia.



ideológica que en un análisis acerca de tal problemática. Una característica del trabajo es que la autora no toma la distancia crítica requerida con respecto del tema abordado, a tal grado que el artículo se vuelve representativo de esa misma problemática, ya que la autora hace de la identidad ecológica una especie de absoluto.

Hay en el ensayo diversidad de elementos de psicología metafísica propios de las corrientes místicas y ascéticas que tuvieron auge a principios de siglo. Nos referimos a la teosofía de representantes como Gurdjieff, Ouspensky y Madame Blavatsky.

También hay ambigüedades filosóficas pues por un lado se apela a la lucidez de la conciencia del *yo* (como hacían los discípulos —“filósofos de los bosques”— de Gurdjieff o a Ouspensky, quien se empeña en el logro de una conciencia absoluta del instante¹) mientras por otro lado —a manera del orientalismo filosófico más conocido— se hace la exégesis de la idea de la supresión del *yo* como la vía de acceso a la integridad y la totalidad. Hay por tanto una mezcla de filosofía oriental, teosofía y ecologismo de manera no tematizada y diferenciada.

Otra ambigüedad es la que se da al principio del escrito cuando, por una parte, alude al *medio* desde una perspectiva intimista bajo el concepto de *oikos* (casa), etimología del propio término de ecología, mientras por la otra, se refiere al aspecto arbitrario, incontrolable y atemorizador de la naturaleza y de los elementos.

Tampoco deslinda su posición (por cierto sumamente idealizada) de retorno al sentido de respeto, veneración y agradecimiento hacia la naturaleza

—como personificación de una sabiduría intrínseca y autoequilibradora—, respecto de otras facetas de la misma realidad, como la actitud típicamente fetichista que caracteriza a sociedades de economía más simple o, por otra parte, la posición asumida frente a comportamientos más activos de intervención y transformación de la naturaleza. Simplemente da una imagen homogénea e idealizada de la perspectiva ecológica.

Lo que da en llamar *identidad ecológica* no va más allá del sentido tradicional del naturalismo panteísta de inmersión en la naturaleza como una totalidad sustantivada, característico de toda mística de la naturaleza. Su exaltación a las virtudes de una cierta actitud, hace pensar más bien en un afán propagandístico que en una reflexión crítico-filosófica del problema.

Hay también vaguedad y generalización excesiva en determinados pasajes del texto, como aquél donde opone el *todo* a las diferenciaciones, en un reduccionismo que le permite descartar, por ejemplo, el pensamiento cartesiano, por ser representativo de la racionalidad científico-tecnológica del capitalismo: lo peyorativamente “occidental”.

Fuerza también algunas interpretaciones, hace de San Agustín una especie de ecologista *avant la lettre* por sus afirmaciones en términos de luz y resplandor. Análogamente, hace de la identidad ecológica una experiencia de iluminación y mística visionaria.

Al encaminarse por el escabroso sendero de la problemática del *yo* no entra en la materia de su génesis como condición psicológica e ideológica. No lo ubica histórica ni filosóficamente. Simplemente lo

da por hecho, como una intuición no problemática, limitándose a sus oposiciones como autoafirmación, cooperación y equilibrio energético.

La propia noción de identidad se pierde en la diversidad de concepciones de la psicología metafísica, el vitalismo subjetivo y su perspectiva disolvente; así como en las alusiones a la biología, la energética y la teoría de sistemas.

Al leer "respeto por las acciones de la naturaleza", se comprende en este trabajo una intención ética de gran interés, que sin embargo pierde sus contornos cuando se escribe sobre la *concientización de la energía* o la conciencia e inteligencia dada en el terreno inmediatamente biológico. Con esto, no parece haber distancia respecto de una concepción empático-animista. Esta convicción está bella y persuasivamente plasmada en autores como Maurice Maeterlinck,² sin embargo habría que introducir matices para darle validez a la intención relativa a una capacidad reintegradora de la naturaleza, dada la forma en que está organizada.

Algunos términos *flujo natural de la sabiduría integral* que sugieren el advenimiento de una posible ética ecológica no están aclarados. Uno de ellos es el pastiche fraseológico: "yo soy mi ambiente", por el cual, si nos atenemos a las connotaciones orteguianas, se estaría actualizando un dato existencial como natural y ecológico en la determinación del sujeto, pero sin mayor aclaración.

Abundan otras expresiones sobre la identidad entre cosmos y cuerpo y su confusión en la "mismidad", entrecruzamiento de ideas de la filosofía hindú, del panteísmo cósmico y del irracionalismo filosófico, que culminan en la espiritualidad propuesta por la autora.

El artículo llama la atención porque parece representar una actitud y una intención contrarias de la tendencia posmoderna que domina en el ambiente intelectual mundial, la cual apunta hacia la dispersión, la fragmentariedad, la entropía, el relativismo y la incertidumbre; en tanto que la problemática ecológica aparece presidida por la representación del caos y el fenómeno de catástrofe; es decir, como desorganización y desequilibrio. En un contexto así, la autora nos deja con la duda acerca de las posibi-

lidades objetivas y prácticas de realización de su ideal. Especialmente porque los aspectos más negativos y desalentadores son los que prevalecen en la actualidad, caracterizados por la degradación más intensa que ha sufrido el planeta desde hace milenios.

Creo que la búsqueda de una identidad de tipo ecológico tendría que darse en relación con ciertos aspectos y contextos culturales específicos en los cuales adquiriría pleno sentido, los cuales, en la actualidad forman parte de un movimiento ideológico, todavía muy heterogéneo, que expresa una búsqueda de asideros en un mundo con crisis identitarias y ambientales.

El problema ecológico representa una materia especialmente tentadora, —dada su dimensión y exigencia integralista y totalizadora—, para las filosofías e ideologías empáticas y naturalistas. Pero también es un marco para evaluar la irracionalidad y la depredación ocasionada por los sistemas económicos y tecnológicos modernos. Frente a esto, la *inteligencia natural* en su forma prístina aparece como incomparablemente equilibrada. Pero los humanos no podemos dejar de incidir en ella y despojarnos de la civilización como de una vestidura.

Así como se produce un sentimiento de desencanto (típico de la posmodernidad), ocurre también un vuelco hacia la religiosidad y los movimientos de afirmación étnica e identitaria. Es un asunto histórico y social, así como la crisis económica, social y de las ciencias que padeció el mundo occidental en el periodo de entreguerras y que se relacionó con un resurgimiento de las filosofías neovitalistas, irracionalistas y neorrománticas; de la misma manera, hoy vivimos un periodo de crisis similar, aunque más profunda y compleja.

Muchas veces viejos problemas surgen con nuevos ropajes. La divulgación teosófica fue la expresión de una crisis y un fenómeno de época. Los problemas actuales exigen empero un esfuerzo de comprensión y conceptualización propios. Un ensayo como el discutido aquí, podría ser representativo de las ideologías ecológicas que están surgiendo hoy y ameritarían ser diagnosticadas. Tenemos la seguridad de que la autora no se detendrá en este punto. La inquietud filosófica que denota lo garantiza por adelantado.

Notas

1 Ouspensky, "Psicología de la posible evolución del hombre".

2 M. Maeterlinck, "La inteligencia de las flores".